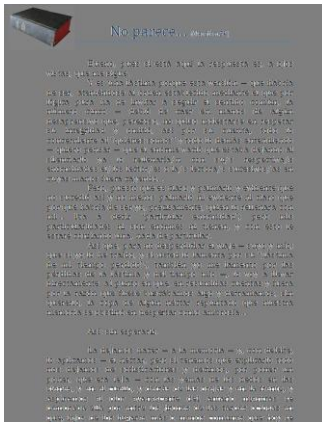




Quiénes somos

La respuesta no parece, en un principio, que — *la señorita Benilde tenía una voz muy cristalina que contrastaba con su físico tan poquito agraciado; y leía despacio, enfatizando los puntos y las comas y, si las había, las diferencias muy bien remarcadas entre las uves y las bes y las íes griegas y las elles* — pueda resultar problemática; no tiene uno, o una, o un hatajo o una multitud por aquello de no ningunear a género alguno de especímenes, más que llegar y decir pues yo o nosotros o nosotras somos Fulanito de Tal, o Perenganita de Cual, o estos/as o los/as otros/as o los/as de más allá e hijos/as, todos/as y cada uno/a, de nuestros/as respectivos/as padres/as... No, mira, ahí nos hemos equivocado, pero en un alarde de humildad y de saber no ocultar nuestros errores lo vamos a dejar como está y seguir, como si tal cosa, aunque saltándonos - eso sí - las obviedades que todos damos por sentadas en lo que concierne a nuestros semejantes que, como si vamos al diccionario de sinónimos encontraremos que son "similares", o - eso también - "parecidos/as", a nosotros/as mismos/as, ¿no?, que es de quienes estamos hablando, si no hemos perdido el hilo y, por tanto, portadores/as tanto unos/as como otros/as — aparte de "de valores eternos", que también se da por sentado y no sabemos si vamos a tener sillas



para tantos/as — de obviedades tan nada diferentes de las propias que para qué repetirlas, nosotros, por puro sentido común y del ahorro, nos atenemos a la más estricta de las lógicas y no las repetimos...

¿O sí lo hemos perdido?

El hilo, que sería lo grave; porque el sentido común — ¡una cosa tan corriente!¹ —, cuánto ni qué puede importar cuando, además, nos queda el propio, de infinitamente mayor enjundia y entidad. Y si lo hemos perdido, Dios no lo quiera, sí que la habremos liado porque nos pasará como, hace apenas unos días sin ir más lejos, nos sucedió a nosotros en nuestras propias carnes mortales cuando buscando... pues qué podía estar siendo, que así al pronto no caemos...

Bueno, pues no sabemos, pero [una mano de almirez.](#)

¿Qué estábamos diciendo? Ah, ya: que para coger la pinza de la ropa con que sujetar el estor averiado del cuarto de estar y poder así abrir la ventana... Pero tampoco vamos a extendernos en eso porque, nos figuramos, quien más quien menos ya cuenta con sus trucos propios para abrir sus ventanas.

¹ *Y las admiraciones también las pronunciaba estupendamente.*

Además, la ventana la terminábamos de cerrar; así que, la pinza...

Bueno, mira: es igual.

El caso es en resumidas cuentas que fuera por la razón que fuese buscábamos algo y derramamos, sin quererlo, la copa de algún néctar repuntado que nuestra memoria se obstinó en despertar como ambrosía...

Así: sin esperarlo.

La dejamos hacer — a la memoria — y, con deleite, lo aplicamos — el néctar, ¿qué va a ser? *Le respondió en cierta ocasión a Mireya: más aficionada a enterarse en detalle, que fue siempre, del qué pasaba y del quién y del dónde que a la gramática y la ortografía* — con las yemas de los dedos en las sienes, y en el cuello, y detrás de las orejas y en la frente, y aspiramos el olor evanescente del antaño mientras se demoraba ella por entre los jirones de las tardes ociosas en que, lejos de los lugares más o menos comunes que hoy se nos figuran tan exóticos, lejos también de sospechar siquiera que pudiera existir un “mañana” distinto de aquellos que se desperezaban en amaneceres tan iguales, éramos algo que, por cierto, la última vez que alguien lo mencionó ya dio problemas porque

— la más corpulenta de las Fuenfría² — que pero, bueno, eso es muy elástico...

— ¿Elástico? — Doña Consola —
¿Cómo cuánto exactamente de elástico?

—Como muchísssimo—
acompañando su ese tan larga, la otra, con
un movimiento amplio y lento de la mano³.

² *Era, eso sí, muy maniática — la señorita Benilde, no Mireya — y si al llegar justo aquí en lugar de con la Fuenfría se encontraba con la Roncero o con cualquier otra se ponía de pie casi de un salto y exclamaba “ ¡pero esta no es mi copia! ”; y agarraba los papeles francamente enojada y se encaminaba con paso muy vivo hacia la puerta para ir a reclamar a la señorita Violeta, o a la señorita Clotilde, o a la que la tuviese, que por favor, “por favor te ruego” — porque por muy enfadada que estuviese gastaba siempre muy buenas maneras — que se la devolviese.*

³ *Aquí solía suceder, si la otra — “señorita”, no la Fuenfría o la Roncero, que también eran señoritas pero de otra manera — no había sido amable y no había accedido a intercambiar las copias (porque algunas se le resistían y “pero Benilde, ¿qué más te da, si son tan parecidas que vas igual de a tiro hecho a los puntos y las comas?”*

- Ya — ésta —, ¡pero y los acentos?

– ¡Vaya por Dios! – cabeceando ésta como quien se contiene para no exclamar ¡lo que hay que oír! Y, girándose a su propia hermana –: ¿Qué te parece?

Y la hermana se limitó a ladear un poquito la cabeza y volverla a enderezar como queriendo dar a entender **ea**.

–**Ea** – doña Consola –, no; Visitación.

– ¿Pero cómo – la Fuenfría – que **ea**, no?

–Pues como que no, sencillamente.

–Mira, Consola, yo tengo mucha, pero que muchísima correa, pero, si hay algo que verdaderamente me molest... Porque, ¿quién no ha sido, si es que alguien me lo

Y que como Fuenfría lo lleva pero Roncero no, al corregir se le descabalaban a ellas sus cuentas) y ella desasosegada y con el ceño un poco fruncido se olvidaba de la ese tan larga y del movimiento amplio y lento con la mano, que alguna como Cora o la Verdaquer se lo hicieran notar y "señorita, se lo ha saltado".

- Bueno, pero como no había ningún acento no importa.

puede explicar, algo a lo largo de su vida alguna vez?

–Ya. Si no — doña Consola —: si algo sí. A lo que voy es a es que...

–Lo que ella está queriendo decir — la Fuenfría corpulenta también pero algo menos, dando a la hermana suya unos suaves golpecitos con sus dedos en el antebrazo — es que quién no ha sido algo alguna vez aunque no fuera lo que estuviese deseando fervientemente ser...

–Ah — la corpulenta se calma; se calmó, pero sólo durante unos segundos que empleó en hacer un cucurucho con la servilleta del té, con lentitud, para deshacerlo luego con mucha presteza, y posar la servilleta doblada en cuatro sobre la mesa, y darle una palmada seca preguntando, en tono que dejaba traslucir su escepticismo —: ¿Y alguien conoce, personalmente a alguien que...

–Pues Carlitos.

– ¿A quién conoce Carlitos? — Inquisitiva, irreductible; dando la vuelta a la servilleta, que se queda ahora con las iniciales bordadas hacia abajo, y propinándole una nueva palmadit...

—A nadie, Epifanía⁴ — la Fuenfría corpulenta pero menos es, era, infinitamente más paciente. Y le explica —: Nosotros, todos, conocimos a Carlitos...

— ¿Y qué le pasó?

—Bueno — Consola —, nos contaron que le dio algo a la cab...

—Ya — ya no da, dio, la Fuenfría más vueltas a la servilleta y se contentó con ir presionando, con la uña, sobre cada uno de los picos de la puntilla —; pero quiero saber qué.

⁴ *En la versión de "la Fuenfría" aquí lo que ponía era Zoila y las Fuenfría eran sustituidas — porque la menos corpulenta sobre todo era muy reservada y no quería que pudiera pensarse que hablaba de ellas mismas — por las Carvajal o las Cornejo [como en esta, por ofrecer una muestra, que era de doña Gardenia](#) o cualesquiera otras con sus respectivas profesiones o actividades o manías, pero ya hemos dicho que estamos en el supuesto de que la señorita Benilde no estaba utilizando su copia. Entonces ella, que ya se había calmado un poco, se alteraba otra vez y decía "¡mira, otro acento!". La Verdaquer, entonces, que era un poco descarada pero en matemáticas iba muy bien, le replicaba "pero se compensa con el que no lleva Roncero, y la cuenta no varía".*

–Una apoplejía, o embolia o...

–Antes ¡Antes! — Y como muy impaciente contó todos los piquitos de la puntilla de un tirón.

–Pues que nunca fue niño.

Fue Visitación, la primera vez que abría la boca en toda la tarde, quien lo dijo. Luego ladeó un poquito la cabeza y la volvió a enderezar como queriendo dar a entender **ea**.

–Nos enteramos, cuando los apenas medio centenar de supervivientes peinábamos ya canas y era por consiguiente imposible reparar el daño, de que jamás... ¡pero que nunca, eh!, había sido niño...

– ¡Caramba!

–O, al menos, no un niño como los demás...

Aunque hubo quien, incluso, según dijo, pretendió dar pelos y señales asegurando haberlo conocido como tal, y aun recordarlo... ¡Que a ver si no era desfachatez cuando ahí estaba el propio interesado, en persona!... Encarece.

Y que si bueno, pues a ver si es que — insistió Hubo Quien, apostilla la hermana —, ya

nadie se va a acordar del nieto de doña Regina, la soprano...

–Mamá, en cambio, sí que había sido...

– ¿Quién?

– ¡Mamá, Gerardo, mamá!

– Ah – sordo como una tapia, el pobrecito aunque, eso hay que reconocérselo, con su cabeza muy bien amueblada **porque**, dice, **Rosarito, ¿verdad?...** entornando, con gesto soñador, un poquito los ojos **casi siempre**.

Con algunas salvedades, claro está, aunque contadas con los dedos de una mano y por causas de fuerza mayor cual podían serlo... pues, qué te diríamos nosotras – intercambiando una mirada cómplice, las dos Fuenfría⁵ —: sus clases de equitación o cuando a su abuelo le concedieron aquella cruz de san Fernando, tan laureada; pero, por lo general, o sí o casi...

–Y es que, para ser lo que ella era hacía falta no sólo ser la mejor, y la más lista y la más guapa y la de familia de abolengo más rancio — que eran requisitos primordiales —,

⁵ *Que en esta copia, ya lo hemos dicho, no eran "Fuenfría".*

sino, además, tener muchos, pero que muchísimos arrestos y un carácter y un temperamento que, como muy bien dijese Román Corvado, ojito al parche o acordaros de cuando...

Y por supuesto que nos acordamos – en seguida y con unanimidad casi absoluta, además; y con una de esas frescuras de las que suele decirse es como estarlo viviendo, mismamente –, cada cual no ya sólo del cada “yo” que estuviera siendo entonces sino de todos los “yoes” de todos los demás componentes de aquella multitud heterogénea, abigarrada, que escuchaba absorta y boquiabierta el relato pormenorizado que aquella mañana le había tocado hacer a Carmelo el del dentista de cómo, en las tardes tristonas de invierno⁶, todos reunidos allí alrededor de la hoguera porque pese a que faltaba todavía más de un mes para el otoño por las noches en el Pirineo

⁶ *En la copia que sí era de la señorita Benilde estas tardes, lluviosas y desapacibles en las que don Leodegario no dejaba de moquear y estornudar o la Sacra de quejarse de su artritis, figuraban como “de primavera”, a secas, sin ningún calificativo como «luminosas» o «alegres» o «saturadas de “este maldito polen que, mira — decía Encarnita la de Balbuena a Leonor la del cuarto cuando se encontraban a la hora de la siesta en el médico — cómo me tiene los ojos”».*

Quiénes somos

refrescaba, mamá se ponía hecha un verdadero basilisco cuando el tío Astolfo, su medio hermano, en exceso proclive al lenguaje poético, aludía al viejo baúl “do dormitan” los trajes tan preciosísimos y las gargantillas, brazaletes, y demás aderezos de la tía abuela Mesmina o se decantaba — porque en este punto se tenía la posibilidad de elegir, con absoluta libertad, entre dos opciones — por evocar las rosadas mejillas de Clemencia.

- No es ningún viejo baúl, Astolfo — protestaba —; es sencillamente un baúl viejísimo.